



Sin miedo

Con motivo de la solemnidad de San Pedro y de San Pablo que celebramos el domingo día 29 de junio me puse a pensar cómo serían ellos dos si los hubiéramos conocido en aquella época en que vivieron. Habríamos visto a San Pablo persiguiendo y matando a aquellos seguidores de Jesús de Nazaret que había muerto en una cruz y que ellos mismos decían que había resucitado; habríamos visto a San Pedro dudando en los momentos cruciales y hasta traicionando a Jesús con su negación. Habríamos visto dos hombres que en un momento determinado de su vida se encontraron con Jesucristo y empezaron a creer en Él. Ni más ni menos. Al final, los dos murieron en Roma a causa de su fe.

Visto desde hoy se nos muestran como dos hombres excepcionales que, además, recibieron una misión especial y particular de manos del Crucificado. Por eso hemos dicho que son "columnas" de la Iglesia. San Pedro, "Piedra", fundamento de nuestra fe, recibe la misión especial de ser el que "confirma la fe de sus hermanos". Esa misión la sigue prolongando el Papa. Por eso, también el día 29 de junio es "El día del Papa". San Pablo tiene una experiencia especial de Cristo resucitado que le hace cambiar radicalmente de vida: de ser perseguidor de los cristianos a ser el mayor anunciador del Evangelio de todos los tiempos.

Parece que ninguno de nosotros somos tan santos, ni tan buenos como ellos lo fueron. Nunca podremos ser "columnas"



de la fe como ellos lo fueron, porque la misión y la vocación que ellos recibieron es suya y de nadie más. Pero sí que podemos ser tan santos como ellos lo fueron y hasta más. En el Evangelio de San Juan (Jn 14, 12) dice Jesús: *"En verdad, en verdad os digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre"*. A veces pecamos de creer poco en nosotros mismos, de no confiar en el tesoro tan grande que Dios nos ha concedido y nos fijamos mucho más en que lo llevamos en "vasijas de barro". Nos falta ese entusiasmo, ese frescor de hablar de Dios porque es lo mejor que hemos encontrado en nuestra vida. Debe ser como cuando uno está enamorado que no puede dejar de estar con la persona amada, que no puede dejar de hablar con ella y de tenerla siempre en su mente y en su corazón. Nos da miedo decir lo importante que es Dios en nuestra vida. A veces vamos a misa y cuando tenemos que responder "y con tu Espíritu" lo decimos entre dientes y hasta con desgana y no se lo decimos al sacerdote sino a Cristo mismo.

Debemos vivir nuestra fe con ilusión, con ganas de vivir, con alegría, con entusiasmo y que ninguna cosa de nuestra vida esconda lo que llevamos dentro. ¿Qué haríamos cada uno de nosotros si viéramos que nos iban a matar por creer en Cristo? ¿Saldríamos huyendo? ¿Diríamos "aquí estoy yo. Tengo fe"? ¿Nos buscaríamos componendas? Gracias a Dios no estamos en esa situación, pero sí que podemos plantearnos hasta dónde nos lleva nuestra fe y qué estamos dispuestos a dar por ella. Vivimos en un país "cómodo" religiosamente hablando y eso, a veces, en vez de favorecernos en nuestra fe nos puede llevar a apoltronarnos en nuestro sillón religioso exigiendo una serie de "servicios" religiosos, igual que el que va a una tienda y compra lo que le conviene.

Este tiempo de vacaciones, de descanso necesario para todos, puede ayudarnos también a que desde una oración un poco más tranquila y reposada hagamos una especie de "revisión de nuestra vida de fe" y nos pongamos cara a cara con Dios y le preguntemos a Él cuál es su voluntad sobre nuestra vida. Como diría San Ignacio: *"¿Qué puedo hacer yo por Cristo?"*. Podemos estar de vacaciones y seguir rezando y celebrando la Eucaristía y que Cristo siga siendo, también ahora, el guía de nuestras vidas. Un saludo y feliz verano para todos.

Miguel Ángel Jiménez